

El *Directorio para la catequesis*, una respuesta a los desafíos de la Iglesia en el siglo XXI

Octavio Ruiz Arenas

Arzobispo emérito de Villavicencio, secretario emérito del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización

En la actualidad estamos viviendo en medio de unas circunstancias que no habíamos imaginado y que nos han hecho tomar conciencia de nuestra vulnerabilidad, de la necesidad de profundos cambios y de la urgencia que tenemos de ayudar a los demás y también de ser ayudados. Estamos afrontando una grave crisis no solo en el campo sanitario y económico, sino también en el social, familiar y religioso. Esto, sin embargo, no lo podemos vivir con pesimismo, sino como una fuente de creatividad y de oportunidad de cambio. En realidad, no estamos como si nos encontráramos frente a una antorcha humeante y a punto de apagarse, sino ante un nuevo desafío evangelizador que requiere creatividad, arrojo, entusiasmo, convicción, alegría y un testimonio de vida capaz de hacer atractiva la fe que queremos transmitir.

Más que nunca, quienes hemos recibido una responsabilidad en el pastoreo del Pueblo de Dios, estamos llamados a infundir esperanza para no dejar que se pierda el verdadero sentido de nuestra existencia y, por lo tanto, hay que hacer resonar el kerigma del amor y la misericordia de Dios. La esperanza es un don divino que nos impulsa a un futuro mejor, pues la vida en su conjunto tiene un futuro cierto y no acaba en el vacío¹, y por eso tenemos que hacer eco a lo que nos dice el papa Francisco: «No nos dejemos robar el impulso misionero ni la esperanza». Más aún, «invito a la esperanza, que nos habla de una

¹ Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 2.

realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive (...) para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna»².

Estamos ciertamente en un mundo muy convulsionado al cual tenemos que evangelizar, un mundo con el que debemos dialogar abiertamente, sin prejuicios ni prevenciones; tenemos que partir del reconocimiento de su bondad interior y de que está anhelante de la sal y de la luz que brotan del Evangelio (cf. *Rom* 8, 19). San Pablo VI nos decía con gran clarividencia en su primera encíclica que «la Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir» y, añadía, que «antes de convertirlo, más aún, para poder convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos a él y que le hablemos»³. La Iglesia, entonces, en su ejercicio pastoral nunca puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros, pues su vida acontece en contextos socio-culturales bien concretos. Frente a ello la catequesis ha ido asumiendo nuevas pautas con el fin de responder a los grandes desafíos que se presentan para la transmisión de la fe cristiana, siguiendo las directrices de la Iglesia, que ha de estar siempre dispuesta a un diálogo sereno e inteligente con la cultura contemporánea.

Las dificultades y el aislamiento que hemos sufrido han constituido un momento de gracia para acompañar a las familias y ha tocado reinventarnos y nos han permitido descubrir el valor y la riqueza de los actuales medios de comunicación, al vernos urgidos de meternos casi de lleno en el mundo digital y de tomar iniciativas que quizá no habíamos pensado. Aquí vemos realizado lo que nos dice el nuevo *Directorio para la catequesis*: «Este espontáneo impulso misionero debe ser apoyado por una verdadera *pastoral del primer anuncio*, capaz de tomar iniciativas para proponer explícitamente la buena nueva de la fe, manifestando concretamente el poder de la misericordia –corazón mismo del Evangelio– y favoreciendo la inserción de los que se convierten en

² FRANCISCO, *Fratelli tutti*, n. 55.

³ SAN PABLO VI, *Ecclesiam suam*, n. 27.

la comunidad eclesial»⁴. Los párrocos y los catequistas no han abandonado a las personas que se les ha encomendado y han sentido el impulso del Espíritu Santo para renovar su pedagogía y sus herramientas metodológicas, tratando de realizar, a través de las redes, un acompañamiento más personalizado.

En medio del caos producido por la pandemia el Pontificio Consejo para la Promoción para la Nueva Evangelización publicó y presentó el *Directorio para la catequesis*, como una contribución al cumplimiento de la misión de la Iglesia en el momento actual, con el cual ha querido animar y apoyar a aquellos que llevan en su corazón la preocupación por transmitir la fe, además de consolar, serenar y confirmar en la esperanza⁵.

Al presentar algunos aspectos importantes de este *Directorio* es pertinente hacer la siguiente observación: estamos ante un escrito perfectible que no ha pretendido englobar todo lo que se puede decir y hacer en el campo de la catequesis, pero que ofrece a toda la Iglesia algunas directrices para la realización del proceso catequístico y se presenta como un instrumento destinado a las Iglesias particulares, que están llamadas a elaborar sus propios directorios, nacionales o diocesanos.

1. ¿Era necesario un nuevo *Directorio para la catequesis*?

Para hablar del *Directorio* como una respuesta a los desafíos del siglo XXI es necesario hacer referencia a los motivos por los cuales los miembros del PCPNE determinaron que era oportuna su elaboración.

Todo inició cuando en una de las sesiones finales de la XIII Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre «La Nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana» el papa Benedicto XVI manifestó la intención de trasladar la competencia de la catequesis, que tenía la Congregación para el Clero, al PCPNE, traslado que se concretó el

⁴ *Directorio para la catequesis*, n. 41.

⁵ *Directorio para la catequesis*, n. 427.

16 de enero de 2013 al publicar la carta apostólica *Fides per doctrinam*. El papa había creado el mencionado Consejo, al cual le encargó la tarea de reflexionar sobre los temas y las preocupaciones a las cuales debía responder la nueva evangelización e igualmente le pidió buscar las formas y los instrumentos adecuados para realizarla. Le encomendó además, entre muchas otras funciones, la promoción del *Catecismo de la Iglesia católica* y por ello consideró oportuno que asumiera también la responsabilidad de la reflexión catequética y de los procesos catequísticos, indicando la urgencia de impulsarlos con un espíritu catecumenal y que se promoviera una acción pastoral más orgánica y eficaz⁶.

Fue muy significativo que el santo padre hubiera dado ese anuncio durante el mencionado Sínodo, con lo cual quería hacer resaltar la íntima relación que tiene la catequesis con la tarea evangelizadora de la Iglesia, en la que están involucrados todos los fieles cristianos, como parte importante de su compromiso bautismal. Él pretendía, además, hacer ver que el momento actual que vivimos, marcado entre otras cosas por una dramática crisis de fe, requería una renovación de la acción pastoral de la Iglesia con el fin de que pudiera responder a las grandes esperanzas que surgen en el corazón de los creyentes por los nuevos interrogantes que interpelan al mundo y a la Iglesia. Recogía así la insistencia que hacía san Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* al recordar que en la evangelización no se puede descuidar la enseñanza catequética, puesto que es necesaria una enseñanza sistemática de los datos fundamentales de la fe que transmitan el contenido vivo de la verdad que Dios ha querido transmitirnos y que la Iglesia ha procurado expresar de manera cada vez más perfecta a lo largo de la historia⁷. También san Juan Pablo II en *Catechesi tradendae* había señalado la importancia de la catequesis en el conjunto de la evangelización como una enseñanza que ha de conducir a un mejor conocimiento de ese Jesús a quien la persona presta su adhesión sincera⁸. El papa Francisco, por su parte, recogiendo las recomendaciones finales de los padres sinodales y, retomando la doctrina de *Evangelii nuntiandi*, publicó la exhortación

⁶ Cf. BENEDICTO XVI, *motu proprio Ubicumque et semper* (21.IX.2010).

⁷ Cf. SAN PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 44.

⁸ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Catechesi tradendae*, n. 20.

apostólica *Evangelii gaudium*, en la que, además de poner de manifiesto las líneas programáticas de su pontificado, daba claras pautas para la renovación de la catequesis. Punto importante de su interés por dicha renovación fue explicar especialmente el rol fundamental del kerigma e invitar a dar un nuevo impulso a la dimensión misionera que debe tener toda la labor evangelizadora, para lo cual invitaba a poner en marcha una conversión pastoral.

Al contemplar el desarrollo del Magisterio eclesial en los últimos años se consideró que era importante que, teniendo en cuenta el espíritu de sinodalidad que está impulsando el papa Francisco, se reflexionara y se tradujera en un documento de amplia visión la rica doctrina que había brotado, sobre todo a partir de las últimas asambleas del Sínodo de los Obispos y, de manera particular, las orientaciones catequéticas surgidas después de la publicación del *Directorio General para la Catequesis*, que había sido elaborado como eco y guía de cuanto san Juan Pablo II había expresado en la *Catechesi tradendae*, e igualmente de la gran riqueza del *Catecismo de la Iglesia católica*. Muchos de esos documentos sinodales han aportado abundante doctrina y válidas sugerencias acerca de la catequesis y de otros aspectos estrechamente relacionados con ella, en los que se mostraba el deseo de impulsar la evangelización y la catequesis. Lógicamente, al pensar en la posibilidad de un nuevo *Directorio*, nunca se pretendió que este fuera a suplantarse los dos Directorios anteriores de 1971 y 1997, sino a darles continuidad en su desarrollo doctrinal y plantear la necesidad de dar respuesta a los nuevos desafíos que presenta la sociedad moderna.

El PCPNE, después de consultar acerca de la situación actual de la catequesis, a través de distintos encuentros que tuvo con catequetas y delegados para la catequesis de las conferencias episcopales de Europa, Hispanoamérica, Brasil y Estados Unidos, elaboró un proyecto de documento titulado *Catequesis y Nueva Evangelización* que, partiendo del *Directorio General para la Catequesis*, asumía lo que el papa Francisco indicaba en la *Evangelii gaudium*. Dicho documento fue presentado a los miembros del Consejo en su segunda Asamblea General, los cuales consideraron que era más oportuno hacer una actualización del

Directorio General para la Catequesis. Con la ayuda de 12 catequetas de diversas partes del mundo (un obispo de las Iglesias orientales, seis presbíteros, una religiosa, tres laicas y un laico) se elaboró una primera propuesta que trataba de responder a dicho propósito, pero luego se vio que, aprovechando sus valiosas contribuciones, era mejor elaborar un nuevo *Directorio* que pudiera responder a los nuevos desafíos que se presentan en la actualidad para la trasmisión de la fe cristiana. Después de seis años de trabajo y múltiples consultas se elaboraron doce borradores hasta llegar al texto que ahora conocemos.

A lo largo de las tres partes que tiene este *Directorio* se presentan los itinerarios catequísticos bajo el primado de la evangelización, que deben conducir a un encuentro personal con el Señor, teniendo en cuenta las varias categorías de personas en su propio ambiente vital. La insistencia en la necesidad de ese encuentro nos permite ver la gran responsabilidad que tiene la catequesis en colaborar en la inculturación de la fe. El texto pretende plantear los cimientos de todo el camino de la fe, asumiendo el desafío de la conversión misionera de la catequesis, para hacer comprender la vida del cristiano como un seguimiento e imitación de Cristo. Asimismo, coloca como paradigma de referencia la pedagogía de Dios en la historia de la salvación y reorganiza y adapta los criterios teológicos a las necesidades de la cultura contemporánea. Finalmente, muestra cómo el ministerio de la Palabra de Dios toma cuerpo en lo concreto de la vida eclesial, indicando los diferentes contextos geográficos, los escenarios religiosos y las tendencias culturales a los cuales debe atender la catequesis.

2. Evangelización y catequesis

El Concilio Vaticano II inició una renovación de la Iglesia que permitió el comienzo del impulso renovador de la catequesis, en el que se ha ido descubriendo mejor la importancia del catecumenado y de la mistagogia como elementos fundamentales para introducir al cristiano en el conocimiento y madurez de su fe. Asimismo, al dar fuerza a la realidad de la Iglesia como «Pueblo de Dios»⁹ y «sacramento universal de

⁹ Cf. *Lumen gentium*, n. 9.

la salvación»¹⁰, puso en evidencia la función tan importante que tiene la comunidad cristiana para el desenvolvimiento y el acompañamiento de la enseñanza de la fe, en la que es fundamental el testimonio de vida de cada uno de los fieles¹¹.

Han pasado ya más de 50 años desde la clausura del Concilio y durante gran parte de ese tiempo, sin embargo, parecía que evangelización y catequesis corrieran por carriles paralelos, sin que se tomara conciencia de la mutua implicación y complementariedad que debe existir entre ellas para lograr que el bautizado realice un encuentro personal y comunitario con Cristo y responda con decisión y firmeza al amor de Dios que se derrama en su corazón. Lamentablemente son muchos los cristianos que no conocen a ciencia cierta y, mucho menos, viven las exigencias del bautismo, de tal manera que no han descubierto que vale la pena creer y desconocen lo que significa la fe que dicen creer y lo que implica su pertenencia a la Iglesia. Más aún, muchos de ellos han sido personas que recibieron los sacramentos de iniciación cristiana, pero no fueron previamente evangelizados y, por consiguiente, no conocen en verdad al Señor ni han hecho una aceptación consciente de su persona, para que sea él la fuente de luz en su vida.

Evangelizar significa hacer resonar la Buena Nueva de Jesucristo en todos los ambientes para transformar y renovar a la misma humanidad, para que el cambio interior que se dé en la persona que escucha el mensaje lleve a una conversión de la conciencia personal y colectiva de todos¹². El objeto de la evangelización, por lo tanto, es hacer concreta «esta presencia perenne de Cristo, para que, quienes se acercan a la Iglesia, puedan encontrar en su persona el camino “para salvar su vida” (Mt 16, 25) y abrirse a un nuevo horizonte»¹³. Para llevar a cabo la evangelización es necesario que la Iglesia impulse el ejercicio de la caridad, el testimonio de vida y la proclamación del Evangelio, iniciando con el “primer anuncio” para llamar a la conversión. A partir de allí, mediante itinerarios catecumenales para incorporar a los

¹⁰ Cf. *Lumen gentium*, n. 48.

¹¹ Cf. *Ad gentes*, n. 20.

¹² Cf. *Evangelii nuntiandi*, nn. 18-22.

¹³ *Directorio para la catequesis*, n. 29.

bautizados en la comunidad, debe continuar ofreciéndoles una educación permanente en la fe, alimentada por la Palabra de Dios, y animar a una participación en los sacramentos, impulsándolos a imitar a Jesús en su acción misericordiosa.

Frente a los desafíos que nos presenta el mundo actual, estamos convocados a realizar una nueva evangelización, lo cual no quiere decir que haya que inventar nuevos contenidos o buscar únicamente nuevas estrategias para la transmisión de la fe, ni mucho menos cambiar lo que ha sido el objeto de la misión de la Iglesia. Se trata de iniciar una nueva etapa evangelizadora, marcada por la alegría¹⁴, en donde demos centralidad a la gracia, ya que es el Espíritu Santo quien despierta la sed de Dios y da a los evangelizadores el ánimo para anunciar a Cristo con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión. Es el Espíritu quien suministra el coraje para realizar la conversión pastoral que nos pide el papa Francisco, que ha de llevar a una renovación de la catequesis, bien insertada en toda la obra de la evangelización.

La catequesis es una parte esencial y prioritaria de la evangelización y se debe dirigir principalmente a las personas que ya han recibido un primer anuncio¹⁵. Por medio de la catequesis se da una fundamentación a la adhesión a Jesucristo, que es lo que básicamente busca todo el proceso de anuncio del Evangelio. En la actualidad para llevar a cabo esta tarea urge, como lo indica el papa Francisco, reconocer el rol primordial que tiene el *primer anuncio* o kerigma dentro de la catequesis, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El papa, al dar una mirada global al proceso catequético, ha indicado que el primer anuncio y la iniciación mistagógica son aspectos que se complementan mutuamente y que, en lo posible, deben estar acompañados por el 'camino de la belleza' (*via pulchritudinis*) para mostrar que creer en Jesús y seguirlo no es solo algo verdadero y justo, sino también bello.¹⁶ De ahí la necesidad de dar fuerza al kerigma, con el cual la Iglesia proclama el Evangelio y suscita la

¹⁴ Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 1.

¹⁵ Cf. *Catechesi tradendae*, n. 19; *Directorio General para la Catequesis*, n. 64; *Directorio para la catequesis*, n. 56.

¹⁶ Cf. *Evangelii gaudium*, nn. 163-168; *Directorio para la catequesis*, nn. 66-68.

conversión. La catequesis, por lo tanto, está al servicio de la respuesta de fe del creyente para que pueda vivir la vida cristiana en un estado de conversión, ayudándole a interiorizar el mensaje cristiano y a asumir un compromiso misionero.

La nueva evangelización nos exige una profunda renovación de la catequesis para pasar de una catequesis encaminada a la conservación de la fe, a una catequesis de proposición de la fe. Uno de los trabajos que ha de realizar la Iglesia al poner en marcha la nueva evangelización es, por consiguiente, la de esforzarse por hacer comprender cada vez mejor la importancia y la necesidad de la catequesis para que se pueda lograr una coherente vida de fe, capaz de arrastrar, de contagiar, de crear en las demás personas un deseo, hasta cierto punto una curiosidad que lleve a cuestionarse el porqué de esa convicción de fe y de esa coherencia de vida que se pide al bautizado. Los obispos de América Latina, reunidos en Aparecida, nos decían que es necesario comunicar la fe «por desborde de gratitud y alegría»¹⁷, lo cual quiere decir que no podemos limitarnos a transmitir únicamente de manera verbal la Palabra de Dios, sino que tiene que estar íntima y previamente acompañada de una vivencia alegre y convencida de la Buena Nueva, de un testimonio de amor y de servicio que deje traslucir el amor de Cristo e impulse una caridad constante y creativa, un amor real, solidario y cercano con los pobres y marginados, un respeto por la naturaleza y una participación activa y responsable en la vida de la ciudad. Utilizando la terminología del papa Francisco, podemos decir que para evangelizar y para catequizar necesitamos ‘salir’ y ‘primerear’, lo cual, como él mismo lo explica, significa involucrarse, acompañar, dar la vida, festejar¹⁸.

Así, pues, el desafío para la catequesis es enorme y requiere que se haga un serio esfuerzo de renovación. De hecho, muchas conferencias episcopales están elaborando itinerarios de iniciación cristiana que rompan los viejos moldes estáticos y rígidos, casi siempre de estilo escolar, que estaban más enfocados a la adquisición de conocimientos y no tanto a una verdadera iniciación y a un acompañamiento

¹⁷ Documento de Aparecida, n. 14.

¹⁸ Cf. *Evangelii gaudium*, n. 24.

permanente que permitieran un crecimiento y una maduración de la vida de fe, que conduzca y refuerce el encuentro gozoso con el Señor resucitado.

Frente a toda esta realidad, el PCPNE desde un primer momento vio que la íntima relación que existe entre evangelización y catequesis constituía uno de los puntos esenciales de reflexión, lo cual ayudó a tomar la decisión de elaborar un nuevo *Directorio para la catequesis*.

3. Situación actual de la vivencia de la fe, entre globalización e inculturación

Un segundo motivo que llevó a sentir la necesidad de este nuevo *Directorio* fue tomar conciencia no solo de los grandes desafíos que se están presentando para la transmisión de la fe, sino también del modo en que estamos dando testimonio de esta y de las respuestas que hemos de plantear frente a los cambios socio-culturales que se han presentado aceleradamente en los últimos decenios. Hay que tener en cuenta que la Iglesia transmite siempre la misma verdad que proviene del Señor, pero es consciente de que con el paso de los años ha logrado ver muchos aspectos que antes le eran imposibles.

3.1. CAMBIO CULTURAL

El mundo ha cambiado vertiginosamente en los últimos 50 años. Con la *modernidad* se había iniciado paulatinamente el fin del período de la *cristiandad*, en el que la sociedad misma, en su ambiente y en la cultura occidental, facilitaba la transmisión de la fe y privilegiaba el papel de la familia y de los educadores en esa tarea. Este proceso se concretizó a mediados del siglo XX y se profundizó con el paso a la *cultura post-moderna*, caracterizada por la indiferencia religiosa, la pérdida del sentido de la fe y de la pertenencia eclesial; ha favorecido el individualismo, ha acentuado el narcisismo que lleva a encerrar a la persona en sí misma, se vive de manera frenética y se mira el futuro con gran temor. Es la cultura de una sociedad volátil en la que todo es a la carrera, lo cual no favorece la reflexión puesto que nada es seguro

y es difícil enseñar y por esto se le considera también como una «sociedad líquida». Asimismo, estamos en lo se ha llamado una *cultura post-cristiana* que, frente a las características de la sociedad actual, ha promovido el desconocimiento y el olvido del aporte que ha prestado la Iglesia a lo largo de los siglos y ha buscado traducir en categorías seculares lo que han sido los valores evangélicos que ha transmitido la labor evangelizadora.

Estamos ante una sociedad *laica*, a la cual –como dicen los catequetas españoles– «se añade en estos momentos, el fenómeno de la inmigración y de la globalización, que hace que la sociedad sea, además, *plural*. En estas circunstancias, la oferta cristiana –y católica– es una más entre otras que, lógicamente, debe ganarse a pulso su propio prestigio y su lugar en la sociedad».¹⁹

Estamos en el tiempo del “yo” y del “intimismo”, en donde, por una parte, no se aceptan certezas absolutas y, por otra, no existe una preocupación por la realización colectiva, sino que se resalta un interés por la satisfacción individual, en la que se vive sin ideales, en donde lo importante es tener un buen trabajo, conservarse joven y con salud, disfrutar al máximo el presente y poseer dinero y cuanto le ofrece la publicidad, cada vez más invasiva. Todo esto ha llevado a la dificultad de asumir con responsabilidad las opciones de vida, pues se tiene la tendencia a elecciones pasajeras y de breve portada que no dan cabida a una vivencia de fe que dé sentido estable a la propia existencia, que se abra a la solidaridad y al servicio desinteresado y que ofrezca la esperanza de una vida eterna. Por el contrario, se observa, en términos muy generales, un retorno a un sentimiento puramente religioso, en donde abundan ideas diversas de lo sobrenatural y la presencia de ciencias ocultas y en donde la idea de Dios es imaginada a su propio gusto, buscada y querida como la de un ser nada exigente que esté dispuesto a satisfacer nuestros caprichos. La Conferencia Episcopal Española afirmaba que «Perdidos, olvidados o desgastados los cauces tradicionales (familia, escuela, sociedad, cultura pública), las nuevas generaciones

¹⁹ AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, Cuadernos AECA 1 (2008) p. 17.

ya no tienen noticia ni reconocen signos del Dios viviente y verdadero o de la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo por nosotros. Comprobamos que en proporciones altas no estamos logrando transmitir la fe a las jóvenes generaciones»²⁰. La Asociación Española de Catequetas reconocía que «estamos pasando, pues, de una situación de “cristiandad” a una situación de “misión”, y en ella las cosas deben funcionar de otra manera. (...) Caminamos hacia una Iglesia donde lo “cuantitativo” se va a ir desplazando a lo “cualitativo”. La Iglesia del futuro va a ser más “minoritaria” pero más “fermento”, con menos poder o presencia social, pero más “testimonial»²¹.

El *Directorio* nos dice que la Iglesia está llamada a mirar la historia con los mismos ojos de Dios para reconocer la acción del Espíritu Santo que suscita signos de su presencia en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones. Así descubre los *signos de los tiempos* en el corazón de toda persona y cultura y reconoce que no solo ha dado, sino que también ha recibido muchos beneficios de la evolución histórica del género humano²².

3.2. GLOBALIZACIÓN

El cambio cultural, sobre todo de los últimos 25 años, ha sido muy fuerte en el que ha repercutido de manera exponencial el fenómeno de la *globalización*, que ha sido fortalecido por los medios de comunicación masivos y por la mezcla de etnias y culturas a causa de la creciente migración de los pueblos y la fuerte interdependencia entre ellos. El avance de la ciencia y de la técnica, como también la ampliación de las posibilidades de vida y los espacios de libertad individual, la terrible desigualdad social y económica, las graves tensiones mundiales han hecho que vivamos una *revolución antropológica*, que trae consecuencias para la experiencia religiosa y que desafía fuertemente a la comunidad eclesial. Todo esto ha repercutido en los paradigmas que sostenían las formas de pensar, valorar y relacionarse de los seres humanos en las

²⁰ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Una Iglesia esperanzada (Plan Pastoral 2002-2005)*, n. 28.

²¹ AECA, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, pp. 24-25.

²² Cf. *Directorio para la catequesis*, n. 42.

décadas precedentes, los cuales han sido cuestionados y sustituidos por otros, creando sensaciones generalizadas de inseguridad, inestabilidad, desorientación, cuestionamiento y crisis.

La Iglesia no puede permanecer indiferente ante esta situación en la que la mayoría de la gente se preocupa por lo exterior, lo inmediato y lo visible y solo confía en la ciencia y la tecnología, sin buscar respuestas a las preguntas más profundas que surgen de allí. Es necesario, entonces, promover una formación integral que dé razón a las aspiraciones más auténticas del ser humano, empeñándose con gran energía e imaginación en repensar la obra de la evangelización con nuevas categorías y nuevos lenguajes que transmitan a los demás la verdad y la belleza de Dios²³.

3.3. ATENCIÓN A LOS DISTINTOS ESCENARIOS SOCIO-RELIGIOSOS Y SOCIO-CULTURALES

Frente a esa realidad de la globalización el PCPNE vio que era necesario ofrecer una orientación para realizar la evangelización y la catequesis en los diversos escenarios socio-religiosos. Por una parte, estar atentos a la comunidad de fieles que viven las exigencias de la fe, frecuentan la Iglesia y los sacramentos y se preocupan por vivir y dar testimonio, renovando y fortaleciendo la *pastoral ordinaria* que se realiza en las distintas comunidades eclesiales. Por otra parte, salir al encuentro, con espíritu misionero, de aquellos bautizados que han dejado de cumplir las exigencias del bautismo, viven en total indiferencia religiosa y no participan de los sacramentos, impulsando con ellos lo que se ha querido entender por *nueva evangelización*. Estas dos tareas no eximen a la Iglesia de continuar el anuncio del Evangelio a aquellas inmensas multitudes que todavía no conocen a Cristo, o que lo rechazan y cierran sus oídos y su corazón para escuchar su mensaje de salvación, para lo cual es indispensable continuar con perseverancia lo que se llama la *missio ad gentes*²⁴.

²³ Cf. *Directorio para la catequesis*, nn. 44-46.

²⁴ Cf. *Directorio para la catequesis*, n. 41.

Frente a esa situación se vio también que el fuerte fenómeno migratorio exigía evangelizar y catequizar a tantas personas que han tenido que dejar su lugar de origen para buscar nuevas oportunidades de vida y de trabajo y que en muchas ocasiones experimentan el desarraigo y sienten el vacío de un encuentro en su propia comunidad. De igual manera había que prestar una mejor atención evangelizadora a aquellas personas que son víctimas de una economía generadora de exclusión e inequidad causada por el egoísmo y la injusticia de quienes viven en abundancia, sin tender la mano a quienes sobreviven en la escasez. A todo lo anterior se sumaba la profunda decepción y el repudio que causan los líderes políticos que buscan enriquecerse de manera corrupta y ponen todos los medios a su alcance para perpetuarse en el poder. En esta revolución antropológica ha influido también el deterioro ecológico, debido a la sobrexplotación de los recursos naturales y a la contaminación del medio ambiente, teniendo como consecuencias el calentamiento global, implicaciones nocivas para la salud y la reducción de la biodiversidad.

Por todo lo anterior el *Directorio*, en la tercera parte, hace un amplio desarrollo de la problemática actual haciendo ver que en todos los procesos evangelizadores se debe saber diferenciar el contexto urbano del rural, dar un fuerte acompañamiento a las culturas locales tradicionales (por ejemplo de las antiguas tradiciones de los pueblos originarios), impulsar la piedad popular, que constituye un precioso tesoro que no se puede descuidar, porque en ella se encuentran expresiones particulares de la búsqueda de Dios y de la vida religiosa que son como una verdadera «espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos»²⁵.

Asimismo, este documento ofrece unas pautas para abordar la problemática que surge del progreso de las ciencias, reconociendo que a través de ellas el hombre participa en el plan creador de Dios y están orientadas al mejoramiento de las condiciones de vida y al progreso de la familia humana, por lo cual la evangelización debe estar atenta a los avances científicos para iluminarlos con la luz de la fe y de la ley natural.

²⁵ Cf. *Directorio para la catequesis*, nn. 319-342.

La catequesis, en este campo, está llamada a plantear preguntas y sugerir temas de particular importancia, para analizarlas y buscar o indicar rutas adecuadas para encontrar respuestas satisfactorias. No hay que tener miedo de acercarse a las personas de ciencia para ofrecerles la luz del Evangelio²⁶. De aquí, también el interés que puso el *Directorio* para decir una palabra esclarecedora acerca de las cuestiones actuales que plantean la bioética y el compromiso ecológico. Dichas problemáticas interpelan la catequesis y su función formativa para ayudar a los creyentes a tomar conciencia del valor y dignidad de la vida humana y del cuidado y respeto de la casa común²⁷.

La problemática social y el empobrecimiento creciente hicieron ver la necesidad de abordar, por una parte, lo que la Iglesia ha venido insistiendo en relación con la opción o amor preferencial por los pobres, que constituye «una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica»²⁸ que tiene como fundamento el amor de Dios por los más vulnerables; por otra, lo que se refiere al compromiso social para impulsar aquello que está en el corazón del Evangelio: el servicio a los demás, pues la fe no puede ser vivida como un hecho individual, privado de consecuencias concretas sobre la vida social. De aquí la importancia de no descuidar en la catequesis las orientaciones de la Doctrina Social de la Iglesia que, además, da indicaciones muy claras acerca del mundo laboral ilustrando el noble significado de la tarea humana en el mundo y animando para humanizar el trabajo y pedir la defensa de los derechos de los más débiles²⁹.

3.4. INCULTURACIÓN DE LA FE

Como bien expresa el *Directorio*, «la aportación específica de la catequesis a la evangelización es el intento de entrar en relación con la vida de las personas, con sus modos de vivir y con los procesos de su crecimiento personal y comunitario»³⁰. Era necesario darle fuerza

²⁶ Cf. *Directorio para la catequesis*, nn. 354-358.

²⁷ Cf. *Directorio para la catequesis*, nn. 373-378; 381-384.

²⁸ *Evangelii gaudium*, n. 198.

²⁹ Cf. *Directorio para la catequesis*, nn. 385-393.

³⁰ *Directorio para la catequesis*, n. 396.

a la importancia de la *inculturación de la fe*, como signo de la perenne fecundidad del Espíritu Santo, en la cual la catequesis debe tomar un lugar importante. En efecto, «la misión es siempre idéntica, pero el lenguaje con el cual anunciar el Evangelio pide ser renovado con sabiduría pastoral. Esto es esencial tanto para ser comprendidos por nuestros contemporáneos, como para que la Tradición católica pueda hablar a las culturas del mundo de hoy y a ayudarles a abrirse a la fecundidad perenne del Mensaje de Cristo»³¹. No se trata de que el Evangelio se adapte a una determinadas cultura, sino que penetre lentamente en lo íntimo de la persona y de los pueblos y lo exprese con categorías propias de la cultura donde es anunciado, para provocar una nueva síntesis con esa³². La catequesis, por consiguiente, está llamada a ponerse al servicio de la inculturación de la fe, con el fin de que al ser transmitida con entusiasmo y vivacidad aparezca siempre nueva y atractiva.

La inculturación, en el fondo, está encaminada al proceso de interiorización de la experiencia de la fe, de tal modo que la catequesis no puede concentrarse únicamente en la transmisión de los contenidos de la fe, sino que tiene que interesarse en el proceso de recepción personal de la fe. Para esto ha de evitar la tentación de yuxtaponer una determinada cultura con el Evangelio, proponiéndolo más bien de manera vital para llegar a las raíces mismas de la cultura, escuchando, discerniendo y purificando a fin de suscitar actitudes de conversión radical a Dios³³.

4. La cultura digital

Otro motivo de gran relieve que motivó la exigencia de elaborar un nuevo *Directorio* fue el avance de las nuevas tecnologías de comunicación que han creado una infraestructura digital que afecta no solo todo lo relacionado con la información y los conocimientos, sino con la vida misma de las personas. Esta nueva cultura, además de fortalecer

³¹ FRANCISCO, *Discurso* a los participantes en la Asamblea Plenaria del PCPNE (29.V.2015); *Directorio para la catequesis*, n. 206.

³² Cf. *Catechesi tradendae*, n. 53; *Directorio para la catequesis*, n. 395.

³³ Cf. *Directorio para la catequesis*, nn. 394-400.

el fenómeno de la globalización, ha implantado nuevos lenguajes y modos de intercambio, reduciendo los espacios de encuentro personal para convertirlos en un *espacio virtual* que diluye la percepción del mundo real, lo cual ha repercutido fuertemente en el contexto formativo de la verdad y la libertad.

Los medios digitales no pueden ser considerados simples herramientas de consulta e información, sino que constituyen todo un mundo en donde habitan permanentemente millones de personas de todas las naciones. Es allí en donde se encuentran especialmente los niños y los jóvenes, lo cual plantea la urgencia de acercarse a ellos en ese *continente digital* para evangelizarlos. Más aún, se vio la necesidad de buscar y sugerir cómo evangelizar ese mundo para fortalecer las relaciones interpersonales y realizar una acción pastoral que ayudara a favorecer el encuentro real, personal y comunitario con el Señor y la inserción en la comunidad cristiana. Este cambio cultural hizo ver, además, la exigencia de una renovación y adaptación de la catequesis para traducir en su nuevo lenguaje el mensaje de Jesús, que permita crear un nuevo sentido de pertenencia comunitaria y que incluya algo más que lo experimentado en la red. Se veía, sin embargo, que era preciso hacer resaltar como una tarea primordial el hecho de que apareciera con mayor claridad la novedad del Evangelio de Cristo, no tanto la simple búsqueda de un nuevo lenguaje para expresar la fe de siempre.

Esta preocupación, sin embargo, no atañe exclusivamente a lo que la catequesis debe tener en cuenta en relación con los niños y los jóvenes, sobre todo de aquellos que son “nativos digitales”, sino que conlleva el reto de los “inmigrantes digitales”, cuyo número va creciendo cada vez más. Entre unos y otros existe todavía una gran brecha cultural, ya que los primeros aprecian más la imagen que la escucha y tienen una capacidad más intuitiva y emotiva, sin dar mayor peso al análisis de las situaciones, priorizando el aspecto narrativo como instrumento más generalizado de comunicación. Por otra parte, los medios digitales se han ido transformando en los principales agentes de socialización, «llegando casi a reemplazar a los tradicionales como la familia, la Iglesia, la escuela. (...) Muchas formas de interacción personal

se han vuelto virtuales, suplantando completamente la necesidad, sobre todo en las generaciones más jóvenes, de formas tradicionales de relacionarse, impidiéndoles “tomar contacto directo con la angustia, con el temblor, con la alegría del otro y con la complejidad de su experiencia personal”»³⁴.

Sin desconocer las bondades y ventajas que tiene esta nueva cultura digital se vio que era necesario que la catequesis fuera más personalizada, pero nunca un proceso individual, que permita a los interlocutores «encontrar maneras apropiadas de tratar las grandes cuestiones sobre el sentido de la vida, la corporeidad, la afectividad, la identidad de género, la justicia y la paz, que se interpretan de manera diferente en la era digital»³⁵.

La experiencia que hemos tenido que vivir en este período de pandemia ha significado para muchos la nostalgia de no poder realizar el impulso misionero a través del encuentro personal y del apoyo de la comunidad, pero puede haber dado la oportunidad para dar un paso necesario: evangelizar ya no con esquemas escolarizados, sino con un acompañamiento más personalizado, aunque fuera *online*, para conocer las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los miembros de su comunidad y ayudarles a relacionarlas con el mensaje del Evangelio.

5. Necesidad de impulsar un nuevo paradigma

El papa Francisco ha insistido en la necesidad de implantar una pastoral misionera para dar un nuevo impulso a la evangelización. Dicho impulso requiere una verdadera conversión pastoral que permita liberar la catequesis de un modelo escolarizado obligatorio, para dar lugar a una catequesis de inspiración catecumenal, en donde haya un estrecho nexo con la liturgia, puesto que es allí donde se manifiesta el vínculo entre la profesión de fe y la vida de fe. Lo que se profesa y se vive, se celebra en la liturgia en donde está presente Cristo mismo. El

³⁴ Cf. FRANCISCO, *Laudato si'*, n. 47; *Directorio para la catequesis*, n. 369.

³⁵ *Directorio para la catequesis*, n. 371.

mayor esfuerzo en este campo se orienta a dar cabida a la iniciación cristiana, según un modelo catecumenal, dentro de todo el proceso catequético de evangelización, en donde, por una parte, la comunidad ha de tener un papel preponderante y, por otra, que se tengan en cuenta las circunstancias concretas de la persona que recibe la catequesis. Todo esto ha de realizarse a través de procesos catequísticos bien definidos y dentro de una seria dimensión misionera. No podemos dejar de tener en cuenta que «La fe es ciertamente un acto personal pero no es una elección individual y privada; tiene un carácter relacional y comunitario. El cristiano nace del seno materno de la Iglesia; su fe es una participación en la fe eclesial que siempre lo precede. En efecto, el acto personal de la fe representa la respuesta a la memoria viva de un acontecimiento que la Iglesia le ha transmitido»³⁶.

Una de las grandes preocupaciones que se tenía era el hecho de una costumbre mayoritariamente generalizada de una catequesis enfocada casi exclusivamente a la preparación de los sacramentos. Se veía que esta catequesis pre-sacramental de iniciación cristiana no conducía a un serio compromiso de vida ni a un testimonio de fe, como tampoco a una inserción en la comunidad, por lo cual esta no se implicaba en el desarrollo de la fe y en el acompañamiento de quienes se preparaban a recibirlos. Se vio que era oportuno plantear la importancia de dar las bases para una catequesis dirigida a la *iniciación a la vida cristiana*, inspirada en el itinerario catecumenal, de tal manera que suscitara el interés por conocer al Señor, encontrarse con él, aceptar la fe, iniciar un proceso de conversión y comprometerse a seguir a Jesús e imitar su vida, especialmente, a través de la misericordia y el amor a los pobres. Para esto había que volver a insistir con fuerza en la necesidad del arraigo en la Palabra de Dios y en la participación en la eucaristía.

En la medida en que se ha ido tomando conciencia de la necesidad de tener mayor claridad acerca de lo que deben ser los procesos iniciáticos, se han ido evidenciando igualmente algunos problemas pastorales a los que es necesario poner remedio: la ausencia generalizada del

³⁶ *Directorio para la catequesis*, n. 21.

primer anuncio, el modo hasta cierto punto “infantilista” con el que a veces se transmite la catequesis a los niños y a los jóvenes al utilizar un lenguaje que banaliza el mensaje, la falta de planificación de procesos de iniciación cristiana, el escaso sentido de comunidad en la acción pastoral y el abandono de la Iglesia por parte de muchísimos jóvenes apenas acaban de recibir el sacramento de la confirmación. Estas y otras preocupaciones pastorales son las que han llevado ya a muchos episcopados a cuestionarse con urgencia acerca de la necesidad de encontrar un nuevo paradigma para la catequesis.

Frente a la actual situación en la que viven tantos cristianos, la Conferencia Episcopal Española ha planteado la necesidad de un anuncio misionero, que puede presentar más dificultades cuando se trata de hacerlo a bautizados incrédulos o indiferentes que el que se hace a no bautizados. «En este caso la “novedad” del Evangelio ha de ser presentada con toda fuerza como novedad regeneradora de la vida, gracias al acontecimiento único de la Redención de Jesucristo, sobre la base de un testimonio de vida y de una invitación que ofrezca gratuitamente esperanza para el hombre cautivo por su pecado y miseria».³⁷ Solo de esta manera, cuando se desciende a la auténtica realidad del hombre, a su verdad, este puede acoger el kerigma y hacerlo vida.

Sin duda alguna, aunque la búsqueda de un nuevo paradigma se viene realizando tanto en Europa como en América Latina desde hace varios años, sin embargo, en el camino de una renovación catequética, ha influido bastante lo que dice el papa Francisco y que ha asumido el *Directorio* al indicar que es necesario tomar

«conciencia de que al recibir el sacramento del Bautismo nos debemos convertir en “discípulos misioneros”, para que al encontrar el amor de Cristo en nuestra vida salgamos a proclamarlo con alegría, como lo hicieron los primeros discípulos del Señor³⁸. Así, pues, no se trata tanto de dar a conocer algunas verdades, sino de hacer sentir el amor de Dios manifestado en Jesús, que debe cambiar nuestra existencia y llenarla de gozo.

³⁷ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, LXX Asamblea Plenaria (nov. 1998), n. 129.

³⁸ Cf. *Evangelii gaudium*, n. 120.

Es precisamente en ese sentido que se habla de la necesidad de concebir la catequesis como un *proceso iniciático*, es decir, un proceso que «introduce a todas las dimensiones de la vida cristiana, ayudando a cada persona a iniciar, en la comunidad, su propio camino de respuesta a Dios que lo ha buscado»³⁹.

Se trata, por consiguiente, de una cimentación que tenga en cuenta, de manera integral, todo lo necesario para una *iniciación a la vida cristiana*, en donde se ayude a despertar la fe, se den las bases para que comience a vivirla con alegría y se profundice en el conocimiento de Jesús. Dicha iniciación a la vida cristiana es todo «un itinerario pedagógico, ofrecido en la comunidad eclesial, que conduce al creyente al encuentro personal con Jesucristo a través de la Palabra de Dios, la acción litúrgica y la caridad, integrando todas las dimensiones de la persona, para que crezca en la mentalidad de la fe y sea testigo de la nueva vida en el mundo»⁴⁰. Un elemento importante de todo este proceso es que progresivamente la persona vaya tomando conciencia de la necesidad de una *decisión personal*, totalmente libre y bien firme, de aceptar a Jesucristo en su vida, de asumir la obediencia a la fe y de entregarse con alegría a Dios, en otras palabras, de dar una respuesta personal a la fe.

6. Importancia del catequista

Finalmente, otro de los motivos que condujo a la elaboración del nuevo *Directorio* fue tratar de dar algunos elementos para seguir reflexionando sobre la necesidad de instituir el *ministerio de los catequistas*. Este ministerio parte del compromiso bautismal de todo cristiano, pues ser catequista es una vocación, una llamada del Señor que, a través del envío que le hace la Iglesia, le lleva a comprometerse en la labor evangelizadora⁴¹. Ya san Juan Pablo II en diversas ocasiones había reconocido el lugar privilegiado que ocupan los catequistas dentro de los agentes especializados de pastoral y consideraba que entre los laicos que se hacen evangelizadores, ellos se encuentran en primera línea y que su ministerio no solo es necesario, sino que tiene unas características

³⁹ *Directorio para la catequesis*, n. 64.

⁴⁰ *Directorio para la catequesis*, n. 65.

⁴¹ Cf. *Directorio para la catequesis*, n. 110.

peculiares, en cuanto que «son agentes especializados, testigos directos, evangelizadores insustituibles, que representan la fuerza básica de las comunidades cristianas»⁴².

Por esta razón en el *Directorio* no bastaba pensar en la catequesis en general, con sus características y sus tareas fundamentales, para que respondiera a la naturaleza propia de su función en la Iglesia, sino que era muy importante presentar con mejor perfil la persona del catequista que es quien en primera línea está cumpliendo esta tarea. Asimismo se veía que era pertinente reconocer la responsabilidad que tiene el obispo en su diócesis como primer catequista de su Iglesia particular, el papel preponderante de los párrocos para coordinar y implicarse directamente en toda la tarea catequística, animando y guiando a los catequistas y comprometiendo a la comunidad en esta misión eclesial. Había que rescatar la tarea que deben cumplir los padres de familia como primeros transmisores de la fe cristiana y el papel importante que pueden cumplir los abuelos y los padrinos. Incluso se vio que era de gran importancia resaltar la gran contribución de las mujeres en la catequesis, sin desconocer el generoso servicio de tantos hombres que se dedican a esta misión⁴³.

Asimismo, se veía que había que insistir en la exigencias de una seria formación permanente de los catequistas para que tomen conciencia de ser discípulos misioneros, sujetos activos de la evangelización que estén capacitados para comunicar el Evangelio y puedan acompañar y educar con competencia para ayudar a iniciar y madurar en la fe a las personas que están bajo su cuidado y a quienes deben tratar como verdaderos interlocutores⁴⁴. Ciertamente no es que se pretenda que todos tengan una formación académica de alto nivel, pero sí, al menos, un conocimiento integral de las verdades de la fe, unas sólidas herramientas pedagógicas y una buena espiritualidad misionera.

Además, frente al vacío que ha existido en los últimos años de una enseñanza de la catequética en los seminarios, universidades eclesíásticas

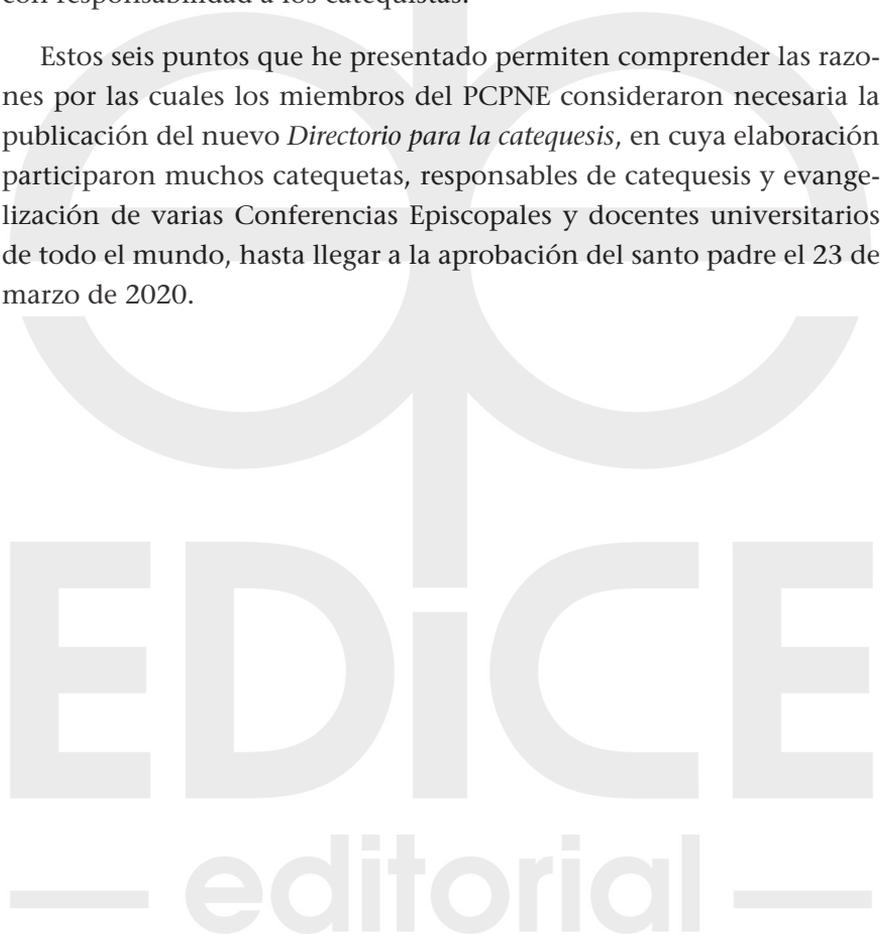
⁴² San JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, n. 73.

⁴³ Cf. *Directorio para la catequesis*, nn. 127-129.

⁴⁴ Cf. *Directorio para la catequesis*, nn. 61.206.

y casas de formación para los miembros de la vida consagrada, era indispensable volver a insistir en la imperiosa necesidad de solicitar que se establezcan cátedras apropiadas de esta disciplina y una seria experiencia pastoral en este campo, con el fin de que en un futuro, cuando ellos estén al frente de una comunidad, puedan dar ejemplo y guiar con responsabilidad a los catequistas.

Estos seis puntos que he presentado permiten comprender las razones por las cuales los miembros del PCPNE consideraron necesaria la publicación del nuevo *Directorio para la catequesis*, en cuya elaboración participaron muchos catequetas, responsables de catequesis y evangelización de varias Conferencias Episcopales y docentes universitarios de todo el mundo, hasta llegar a la aprobación del santo padre el 23 de marzo de 2020.



EDICE
— editorial —